

a apuesta del adolescente va más allá de una acomodación psíquica a un cuerpo transformado en púber y una adaptación a un nuevo estatuto social; es la de una operación identitaria que cuestiona todas las dimensiones de la existencia el sujeto y de sus relaciones con los otros.

Esta operación, hace poco puntuada por una iniciación, comienza hoy un proceso largo y peligroso, para el adolescente mismo ciertamente, pero también para su familia, su entorno, incluso la sociedad en su conjunto. En efecto, al interrogar en sus fundamentos el desarrollo individual y el lazo social, ese pasaje del niño al adulto remite a cada uno a cuestiones con frecuencia reprimidas, y que hacen signo en tal o cual patología en que el sintoma muestra, además del índice de un sufrimiento subjetivo, su cualidad social.

El psicoanalista, como todo practicante del encuentro con el adolescente, debe, por utilizar una fórmula extraída de otra problemática, proponer una «teoría del pasaje», que quizás debiera escribirse «pas-sage» (no-equilibrado), para escuchar las verdades que nos entrega el adolescente, con su insolencia legítima.

JEAN-JACQUES RASSIAL, psicoanalista y profesor en la Universidad de París XIII, propone aquí algunas pistas de una reflexión que lleva a cabo desde hace casi veinte años.

COLECCIÓN MANGONA



ISBN 84-7328-088-0



9 788473 280880

Jean-Jacques Rassial El pasaje adolescente De la familia

155,5
R228
1999
C.1

UNIVERSIDAD DE CHILE
3 5601 13363 6034



Jean-Jacques Rassial

El pasaje adolescente

De la familia al vínculo social

Ediciones del Serbal



15

Así, cuando un discurso de estilo humanista borra las diferencias, reprime lo dramático en beneficio de un ideal genérico que no se manifiesta por lo que él es: el efecto de una determinada cultura, ese discurso de estilo humanista puede que no sea sino una cierta prolongación del colonialismo (es como Zola). De ese modo resulta que ese famoso derecho a la diferencia ev- ta precisamente el problema: que la diferencia no es un derecho sino ante todo un drama. Y la cuestión no es la de tener derecho a escuchar a Oun Kalsoun más que a Halliday; es necesario poder escuchar a los dos. Ese derecho a la diferencia puede no ser sino la prolongación de un cierto racismo de organización social. Discurso incompatible con el discurso del amo, con el discurso del Estado, cualquiera que sea, antiguo o nuevo, porque no se trata de completar la subjetividad por medio de lo que está reprimido, en la medida en que lo reprimido existe siempre, aunque no se trate más que de ese asesinato fundador de la civilización, de no importa qué civilización, ese asesinato simbólico que legaliza las dos únicas prohibiciones universales: la del incesto y el incesto, cualesquiera que sean las fórmulas particulares que preserven las transgresiones.

En un texto sobre «el análisis laico», Freud manifestaba el deseo de que la difusión del psicoanálisis pudiese promover un nuevo vínculo social. Hay que decir que desde entonces —la experiencia americana es elocuente—, estamos de vuelta de este optimismo. Ello no significa que el psicoanálisis, que es también un nuevo estilo de discurso inventado por emigrantes judíos, no se interese por una pretendida cura de un pretendido mal que sería la migración; el psicoanálisis funciona precisamente como una lógica de la migración intrapsíquica que da razón a la cuestión política planteada por la inmigración. La extrañeza de la realidad del extranjero no es accidental; ella es para lo humano un hecho de estructura.

3. LA OPERACIÓN ADOLESCENTE Y EL LÍMITE DEL NIÑO AL ADULTO

La existencia de casos límite al psicoanálisis es una constatación antigua. Pero queda la cuestión del lugar de este límite. En un texto de 1905,¹² Freud evocaba como primera contraindicación a la cura, antes que las psicosis, una «degeneración» cuyo concepto debía más a Zola que a Morel: «No debemos atender tan sólo a la enfermedad, sino también al valor individual del sujeto, y habremos de rechazar a aquellos enfermos que no posean un cierto nivel cultural y condiciones de carácter en las que podamos confiar hasta cierto punto. No debe olvidarse que también hay hombres sanos carentes de todo valor, y que siempre nos inclinamos demasiado a atribuir su inferioridad a la enfermedad en cuanto hallamos en ellos algún signo de neurosis». Lacan lo traducirá bastante más tarde, en 1973, con el nombre de «estupidez», como primera contraindicación al psicoanálisis. Hay, pues, en un comienzo, un primer límite ético a la cura analítica, un límite que depende de la ética del analizante.

Otro límite que justifica que podamos preferir la apelación de «casos-límite» a la de «estados-límite» es la de la práctica del analista, quedando por determinar si se trata de un límite a la práctica de cada uno, según una «resistencia del analista» que Lacan nos enseñó a medir, de un límite a la práctica psicoanalítica en sus fundamentos, o bien, aún, de un límite que encontraría su causa en las vías particulares de la formación de los analistas, según el lugar dejado a la invención frente al modelo de una cura tipo ideal. En todo caso, los «casos-límite», y deberíamos saberlo después de las des-

12. Sigmund Freud, «Sobre psicoterapia», en *Obras Completas*, T. I, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 1.011.

gracias del nombre de los lobos—caso denominado obsesivo por Freud, y en el que Lacan encuentra la lógica de la psicosis—, interrogan al conjunto de los psicoanalistas, a la vez acerca de su práctica privada y acerca de su vínculo asociativo.

Finalmente, una vez escogidos los casos en los que domina la incertidumbre del analista, aquellos en los que el polimorfismo sintomático enmascaraba la estructura neurótica detrás de la locura de la conducta y del pensamiento, aquellos en los que algún apoyo familiar o social evitaba un derrumbe psicótico que sólo puede tener lugar si la regla fundamental es enunciada, y aquellos que indician que la estructura perversa no es patológica y puede ir a la par con una conducta de apariencia neurótica o psicótica, podemos aún aislar clínicamente una «estructuración» —yo diría que con prudencia a causa de la firmeza de la estructura— que corresponde al diagnóstico de estado-límite tal como es descrito en la literatura.

Podemos desde ahora subrayar que los casos-límite como los de los adolescentes, nos plantean, en cada encuentro y en conjunto, cuestiones de tres órdenes: ético, práctico y clínico. Son numerosos los analistas que han constatado la proximidad fenomenológica entre los casos-límite y las patologías adolescentes. Pero ire más lejos al considerar que es la necesidad de la operación adolescente —que puede tener lugar en otra temporalidad que la de la maduración de la pubertad, incluso si está asociada a ella— la que permite comprender la etiología de los estados-límite.

Utilizar la metáfora de la «avería»: de ese modo podría traducirse el término de *breakdown*, según uno de los sentidos de la palabra inglesa y en consonancia con la traducción habitual de «ruptura en el desarrollo».¹

El sujeto en estado-límite tiene una avería, en su pensamiento y en sus cargas, pero también en las diferenciaciones estructurantes entre el discurso y la acción, lo objetivo y lo subjetivo, el pequeño otro y el gran Otro, entre el pasado, el presente y el futuro, lo familiar y lo social etc. No se trata

de que esas diferenciaciones no hayan tenido nunca lugar, como en el autismo, o que hayan sido abolidas, como en las psicosis; en tanto que sólo son negadas en las neurosis y las perversiones, sino que en el uso que el sujeto debe hacer de ellas como adulto, éstas se revelan ineficaces e inadecuadas. El sujeto-límite nos aparece como disponiendo—según lo que sería una anatomía psíquica distinta de la fisiológica—de medios para franquear el límite y como detenido al borde de la ruta (para prolongar la metáfora), errando

por el arcén y dejando su vehículo inmovilizado en el lugar. Tal es así, que con frecuencia nos vemos empujados a buscar el accidente o el traumatismo hacia el que nos atraía, y que sería la causa de la avería.

Entonces la cura analítica, debido a que ella encuentra su dinámica no en el hecho de dar sentido sino en la orientación que va del discurso asociativo del analizante al acto interpretativo del analista, también sufre una avería. Podemos pensar que el dispositivo no está roto como en la relación con el psicótico (avería de motor para continuar con la imagen), que no sufre fallos, como con el neurótico (avería de iluminación), sino que se deteriora o está desde el comienzo detenido (como en una avería de embrague que nos deja idiotas).

Finalmente, desde el punto de vista ético, en todos los niveles en los que se juegan diferencias dinámicas hay avería de la consciencia. Las distinciones entre placer y displacer, bueno y malo, bien y mal, han perdido todo su valor. A diferencia de lo que se juega en las perversiones, donde una Ley enfrenta a la Ley común encuentra su fundamento en la idea de reencuentro de la relación del niño con la madre fálica originaria. Y su aplicación en un contrato particular en el que el otro es más instrumento que objeto, los sujetos límite no quedan atrapados en una contradicción entre dos leyes morales (natural y civil, por ejemplo); están en avería de referencia a la Ley que, de forma paralela a su carácter represivo, asegura la esperanza del goce y la posibilidad del deseo. Pasando de buen grado, en alternancia, del lugar familiar en vía de desafección a lo que les resulta accesible de un mundo social en superficie, se ven confrontados a lo que podríamos designar como una avería del super-yo.

Me limitaré a subrayar lo que permite articular esta patología a la del adolescente, de cualquier adolescente, comprometido o no en esta vía mórbida. El adolescente se ve siempre confrontado si no a una avería, al menos a un riesgo de avería, puesto que de nuevo debe —y precisamente a posteriori— cumplir una serie de operaciones fundadoras cuya efectivización infantil se pone otra vez a la orden del día. De la identificación restringida o familiar a la identificación general en lo social hay un hiato que exige del sujeto una operación de múltiples caras, de las cuales pueden distinguirse tres que se articulan entre ellas.

En primer término, el ahora debe -y para acceder, más allá de lo fálico a una relación genitализada con el otro del Otro sexo- apropiarse imagina-

tiamente de la mirada y la voz, objetos parciales que, atribuidos a la madre en lugar de y en el lugar del falo, en el momento de la fase del espejo, le habían dado seguridad de su existencia. La imposibilidad de esta apropiación puede marcarse por una entrada en la esquizofrenia, y su dificultad por un acceso delirante, de tema frecuentemente dismorfóbico, aun en los sujetos neuróticos.

En segundo término, debe modificarse el valor de la función del síntoma, donde, para seguir a Lacan, el síntoma es el signo, no elevable al rango de significante, del deseo reprimido cuya fórmula lógica es el fantasma. De síntoma que él era en el deseo de los padres y sobre todo de la madre, debe convertirse en propietario de un síntoma que toma desde ese momento todo su impulso intersubjetivo (síntoma-él o síntoma-ella)¹³ por el hecho de transformarse en síntoma sexual, ya sea su lugar genital, corporal, de lenguaje, comportamental, u otro. Finalidad que lo orientará, si no hacia la estructura perversa, al menos hacia las prácticas perversas, a no ser que despierte, en términos nuevos, una fobia infantil.

En tercer lugar, y aquí me detendré, el adolescente probará la eficacia del Nombre-del-Padre, más allá de la metáfora paterna, para poner orden en la lengua que él habita y por la que es habitado. Más allá del reconocimiento patronímico que podía sostener la infancia, incluso si ya está orientado hacia la psicosis, debe operar una validación de la operación infantil de inscripción o de forclusión del Nombre-del-Padre. La imposibilidad de efectuarla por causa de un no-lugar de la primera inscripción lo librará al riesgo, ante la llamada de esta función de orden, de desencadenamiento de una paranoia, la invalidación confirmando la forclusión hasta hace poco enmascarada. Las dificultades normales de esta validación se indicarán en toda una serie de patologías transitorias que, en tanto tales, no dicen nada de la estructura pero señalan el proceso adolescente. Es, a mi parecer, el aplazamiento, lo diferido de esta validación, lo que organiza los estados-límite, como antes el aplazamiento, lo diferido de la primera operación, por

la razón de que se tratara, ya fuese orgánica, había podido dejar a ciertos sujetos en el autismo.

Distingamos, pues, esta segunda operación de la operación primaria N-d-P, que se escribirá así para evitar la reducción al patronímico. Para el niño —y justamente articulada al estadio del espejo, que acaba con la Madre primordial fálica—, la operación de inscripción del Nombre-del-Padre, es decir, el anclaje simbólico del lugar del Otro —que en adelante será el del lenguaje, al perder la cualidad de Otro real que fue la Madre—, se apoya en una metáfora paterna que permite que se detenga como saber supuesto un deseo incommensurable de la madre. El fracaso de esta metaforización, la abolición de sus consecuencias, el corte radical de sus manifestaciones significantes, inducen una forclusión, una vez planteado el tiempo de una elaboración posible; forclusión cuya manifestación será inmediata o espere la ocasión pospubertaria de una llamada al Nombre-del-Padre.

Pero si se evita el fracaso que constituye la forclusión, el éxito de la inscripción del Nombre-del-Padre no es más que parcial, en tanto se apoya sobre la actualidad de la metáfora paterna. En efecto, para que haya metaforización paterna, es necesario que, en la realidad —ya sea familiar o solo verbal en el discurso de la madre—, exista padre y esté cualificado por un tiempo con el poder de representar al Padre Simbólico, de quien sabemos que el único real concebible es el del Padre muerto de la horda primitiva. La familia en tanto tal, ya sea nuclear, extendida, monoparental o sustitutiva, es la condición de la presencia de esta metáfora, el padre, pero del mismo modo, los padres encarnan imaginariamente a ese gran Otro al que se dirige el sentido de la existencia del sujeto.

En la adolescencia, esta metáfora pierde su valor por una descalificación del padre y de la familia que encarnará imaginariamente al Otro, el cual se escribirá, por ejemplo, el Adulto. En ese momento, la promesa edípica: «Renuncia provisionalmente al goce al que tendrás derecho más tarde» se revela como mentirosa, por una parte porque el goce genital es también parcial y no garantiza ninguna relación sexual; por otra, porque el goce absoluto es aún diferido y remitido, esta vez, al más tarde de la muerte. El sujeto se ve confrontado por un tiempo a la desesperación de la vacuidad del lugar del Otro, hasta que, gracias al efecto del cambio del síntoma, él encuentra en sus vicisitudes una nueva encarnación imaginaria del Otro en el Otro sexo. Esta descalificación de los padres es, en tanto tal, un momento estructural,

13. En lugar de usar el término «*symptomème*», síntoma, el autor juega con la expresión «*sinthôme-ll* ou *sinthôme-elle*», para aludir al término «*homme*», hombre, implicado en la idea que está desarrollando a partir del seminario *Le Sinthôme*, de J. Lacan. Nota de la traductora.

pero coloca al sujeto en situación de riesgo, y accesoriamente también a los padres. Salvo que se sustituya a la familia por otro vínculo grupal que obedezca a la misma lógica —la iglesia o el ejército pueden participar—, lo que puede proteger a ciertos sujetos de esta prueba, la operación N-d-P o lo que debemos entonces considerar como los Nombres-del-Padre en plural, tendrá que funcionar, ligar la lengua al discurso, prolongar lo fático en genital, orientar la relación con el semejante del Otro sexo, más allá de la metáfora paterna.

Momento fecundo de una operación inventiva en la que el sujeto deberá autorizarse por sí mismo, es decir, en varias direcciones, entre las cuales, por ejemplo, la elección de un oficio del que hacer profesión, que le dé un nombre, y volver a fundar su identidad sobre la huella, desplazada, de la primera inscripción. Operación de validación, pero que también puede ser de invalidación de la primera operación de inscripción o de forclusión del Nombre-del-Padre, y que puede quizás marcar cambios de estructura; por ejemplo, cuando el discurso del amo que rige el vínculo social es antinómico al discurso del padre que regía el lazo familiar, lo que constituye la dificultad principal de adolescentes de la segunda generación inmigrante, o puede poner en dificultades a adolescentes adoptados, para quienes la novela familiar se engancha sobre la realidad. Pero entonces, durante un tiempo más o menos largo, más o menos posible, momento de incertidumbre y quizás de locura, el Otro, el lugar del Otro, queda vacío, lo que se marca de manera privilegiada por un replanteo de los valores que han perdido sus fundamentos —¿de qué sirve que yo exista?—, por una depresión que se verá, por ejemplo, en la enunciación, que la situación del sujeto es «de mierda», incluso por una exaltación maníaca que lo comprometerá en la esperanza rápidamente frustrada, de encontrar una libertad infantil ilusoria, lo que organiza tanto ciertas psicopatías como ciertas toxicomanías.

Es allí donde se sitúa el sujeto en estado límite, detenido ante la dificultad de una validación, por las más diversas razones, porque tanto puede tratarse de evitar validar una forclusión, y por lo tanto continuar escapando al destino psicótico, que de ser neuróticamente impotente para franquear esta emancipación de la metáfora paterna, drama en particular de ciertos hijos de médico o de profesor, al quedar el sabor del padre fuera de alcance. Hasta el punto de que es posible —y es en ese caso que convendrá hacer el diagnóstico de estado límite— que esta validación retrasada, convertida en im-

posible, sea afectada, ella también, después de pasado un cierto tiempo, por una forclusión.

Si esto es verdad, el psicoanálisis del adolescente, en la especificidad de sus resortes, debe enseñarnos acerca del acto analítico posible con tales sujetos.

La primera idea es que, como el análisis del adolescente, la cura de estos sujetos sigue un recorrido en alguna medida inverso al denominado clásico. En efecto, no es el análisis del fantasma el que lleva al descubrimiento de que el lugar del Otro, al que se dirigen mi palabra, mi demanda y mi amor, es un lugar vacío porque no tiene otra consistencia que la simbólica, sino que es un trabajo previo sobre la cualidad del Otro el que permite, en un segundo tiempo, que el fantasma sea el eje de la cura. En otros términos, es un análisis de la transferencia el que autoriza el análisis del fantasma, mientras que con el adulto neurótico, aquél corre el riesgo de ser un obstáculo. Así, el afecto dominante, pero también dinámico, en la cura, no es la angustia sino la depresión, a condición de que sea reconocida como auténtica, es decir, que contenga, además de sus efectos mórbidos, las condiciones de un verdadero relanzamiento de la subjetividad. Es, por otra parte, la aneiposición de esta depresión la que puede suspender la actuación del sujeto, la cual se concebirá entonces no como pasaje al acto ni como acting-out, sino como agitación en la que se reconoce la esterilidad. Sin duda es necesario agregar que, del lado del analista, es la aptitud para soportar la depresión, la que da la particular competencia para seguir a ciertos sujetos en su deriva y escuchar allí una verdad de cada uno.

En otros términos, es necesario entonces abordar de frente, detrás de la frustración —falta imaginaria de un objeto real— pero antes de la castración —falta simbólica de un objeto imaginario—, una privación esencial —falta real de un objeto simbólico— que puede efectivamente ser designada como «defecto fundamental» (Balint), sabiendo que esta emergencia de lo real, si bien persiste en la psicosis, no tiene lugar para el sujeto no psicótico más que en algunas ocasiones, en particular en la adolescencia.

Es lo que deseo retener sobre todo: que el análisis de los estados límite supone una reelaboración de la operación adolescente, con el riesgo de dejar que el sujeto encuentre todos los callejones sin salida del proceso adolescente.

7. LOS PADRES DEL ADOLESCENTE

¿De qué padres se tratará? ¿Y de qué adolescente? El título no es evidente, sobre todo para un psicoanalista: es un título fuera del sexo en su formulación.

La palabra «parentes»³⁵ está llena de sentido, puesto que puede designar al conjunto de aquellos con los cuales alguien está emparentado, con quienes tiene un lazo de sangre o de alianza, hasta incluir al más lejano primo «a la moda de Breña», o al menos a aquellos que tienen un papel en la filiación, es decir, pertenecen a la clase de los ascendientes y son colaterales de los ascendientes directos. Permaneceré aquí en la extensión más reducida, incluso si debo evocar al margen otros dos lazos de parentesco importantes para el adolescente: el lazo fraternal y la relación con los abuelos. Pero al designar ya al padre y a la madre como «padres», acepto la idea de que existiría una función y una posición parental común, una comunidad entre la maternidad y la paternidad, mientras que la experiencia psicoanalítica nos muestra, por el contrario, que entre los estatutos de madre y de padre no sólo hay una diferencia, anclada en lo biológico de la diferencia sexual, sino una divergencia de valor: así, el vínculo de la madre con el hijo es primero real —el hijo es un pedazo despegado del cuerpo de la madre, por lo tanto imaginario, es la madre quien sostendrá para el hijo la construcción del mundo exterior y de su yo corporal—, mientras que el vínculo del padre con el niño, vínculo que, para existir, debe ser propuesto, introducido y sostenido imaginariamente por la madre, es un vínculo primero simbólico,

35. La palabra «parentes» tiene cierta ambigüedad en francés, puesto que puede significar tanto padres como parientes. Nota de la traductora.

hasta el punto de que Freud podía afirmar que el padre era siempre un padre adoptivo.³⁶

Pero, aun si a veces el adolescente puede jugar con esta divergencia, tendrá a menudo tendencia a evocar a los padres como un todo, incluso como a ese «padre combinado» que reúne los atributos de los dos sexos, que Melanie Klein describe como figura fantasmática en el niño pequeño. Y cuando hable de los «adultos», ya sea bajo un modo perseguido/perseguidor, despectivo o reivindicativo, descuidará con más frecuencia la diferencia sexual. Para expresarlo de otro modo, si hay reactivación del edipo en la adolescencia, el acento no deberá colocarse primero sobre la distinción y la distribución de los sexos y los roles sexuales, sino sobre la diferenciación de las generaciones. En efecto, para el niño, la prohibición del incesto, generalizada en un plazo necesario para el ejercicio —prometido para más tarde— de su sexualidad, se legitima a partir de una diferencia entre los «pequeños» y los «mayores», de modo que los padres son remitidos al mundo de los adultos, idealizado, y cuya lógica sería distinta que la de la infancia. El adolescente, convirtiéndose entonces él mismo en un adulto, debe reformularse de otro modo esta prohibición, distinguir a sus padres de los otros adultos y plantear verdaderas preguntas: ¿qué es lo que, ahora que soy «mayor», que me parezca, por mis atributos, al padre del mismo sexo, sostiene aún esta prohibición? ¿Qué es un adulto, si no un padre o alguien que re-presenta a los padres?

En alguna medida, el adolescente se encuentra retroactivamente ante la primera prueba de Edipo, cuando él conduce a la Esfinge al suicidio al resolver el enigma: «¿Cuál es el animal que camina sobre cuatro patas por la mañana, sobre dos patas a mediodía, sobre tres por la noche?», designando al ser humano, primero niño a gatas, luego adulto en pie, finalmente viejo que claudica sobre su bastón.

Se comprende así por qué, en el título, he designado al adolescente, reuniendo a niños y niñas bajo la misma apelación mientras que las apuestas

de la adolescencia, así como la forma crítica que puede adoptar, no son las mismas para los dos sexos.³⁷ Es para subrayar que, en el trabajo de duelo a efectuar, duelo doble de su propia posición infantil y de las figuras parentales del niño, niños y niñas tienen el mismo trabajo psíquico que hacer.

No retomaré aquí lo que está en cuestión para el adolescente mismo. Mi pregunta será: ¿qué es lo que, de la adolescencia de los hijos, está en juego para los padres? Y doy inmediatamente una respuesta: un cambio de lugar.

Ser padre no es una cualidad intrínseca del ser humano, a partir del momento en que éste ha asegurado su función de reproducción (se puede abandonar a los hijos); es primero una función, luego una posición ocupada en relación a otro sujeto y modificada, incluso trastornada, cuando este otro sujeto, se transforma de niño en adolescente y luego en adulto. No es lo mismo ser padre de un hijo y transformarse en padre de un adulto, no sólo por razones sociales y jurídicas, puesto que eso ya no corresponde, en los hechos y en derecho, a la misma responsabilidad, sino también por razones psíquicas.

La adolescencia de los hijos, que para ellos es una crisis, será también crisis, una crisis necesaria, para la organización familiar, obligando a los padres, como personas, a reinventar su lugar, ya sea en relación con otros miembros de la familia, con su cónyuge, con sus propios ascendientes, o en relación a ellos mismos. En efecto, les será necesario apoyarse sobre su cualidad de hombre y de mujer, sin poder contentarse —incluso refugiarse de tras— de su posición de padre.

Así, la célebre fórmula: «Permanecemos juntos por los niños» pierde todo valor, si es que tenía alguno, y el peso de los otros investimentos distintos de los parentales, comprendido el conyugal, será puesto en cuestión. Los padres deben entonces separarse de lo que parecía una parte de ellos mismos, deben efectuar ellos también un trabajo de duelo; de que ese trabajo sea con frecuencia difícil pueden dar testimonio un buen número de esas famosas crisis de la madurez, ya sea que se manifiesten por un hundimiento depresivo, o por la reactivación maníaca de lo que podemos denominar bellamente el «demonio de mediodía».

36. La experiencia en consulta del adoptante demuestra que es del lado de la madre que hay más dificultades, puesto que, en ese caso, la madre no será madre sino a partir de lo simbólico y no de lo real, mientras que para el padre las cosas son más fácilmente «acceptables».

37. Véase Jean-Jacques Rassial, *L'adolescent et le psychanalyste*, París, Rivages, 1990, capítulo primero.

Se podría creer que bastaría con codificar ese cambio de estatuto de los padres para resolver el problema, pero las cosas son más complicadas, porque psíquicamente los padres están divididos entre lo que se podría denominar los padres de la realidad, los padres conscientes, y los padres fantaseados, los padres inconscientes, que han permitido la estructuración psíquica del sujeto.

El adolescente se ve confrontado a la separación entre la realidad de sus padres, que él comienza a percibir como sujetos cualesquiera, con sus conflictos, sus límites, sus deseos, y los padres ideales o idealizados en la infancia que durante un tiempo han encarnado ese estatuto de adulto prometido para más tarde. Por su parte, él resolverá ese hiato por medio de la eventual invención de una novela familiar, soñando un origen fabuloso, o bien por la denuncia repetida de esos padres decepcionantes que no responden jamás como es necesario a sus reivindicaciones mal formuladas, o por medio de cualquier otra proyección, de forma a veces persecutoria. Del lado parental, eso se traduce por la insistencia repetitiva de un «no olvides que yo soy siempre tu padre, o tu madre», en el momento en que ellos mismos se encuentran en la incertidumbre de su propia posición.

Françoise Dolto decía drásticamente que, desde el punto de vista psíquico, un niño ya no tiene necesidad de sus padres para su desarrollo cuando ha alcanzado los ocho años. Sin duda tenía razón desde un punto de vista educativo, pero al igual que persiste en el adulto un niño imaginario, hay persistencia de esos padres fantaseados, desencarnados durante la adolescencia, y cuyo duelo necesita con frecuencia un psicoanálisis.

Es así que los padres del adolescente, a causa de lo que su hijo proyecta en ellos, son conducidos a interrogar a sus propios padres fantaseados, a cuestionar la idea misma de lo que es ser padre.

Propondré algunas vías de reflexión sobre las relaciones entre los adolescentes y sus padres, en dos tiempos: primero, suscitadamente, sin retomar toda una teoría de la adolescencia, estudiando lo que son los padres para el adolescente, lo que él espera de ellos y lo que puede esperar; a continuación, examinando lo que para los padres se pone en juego de la adolescencia de sus hijos.

LO QUE SON LOS PADRES PARA EL ADOLESCENTE

El primer efecto de la pubertad es que el cuerpo del niño se transforma en un cuerpo de adulto. He examinado las múltiples consecuencias de ese cambio de la imagen del cuerpo: por una parte, para el adolescente, lo que llamamos los signos secundarios (el cambio de voz, la pilosidad, el crecimiento de los senos, etc.) son tanto o más importantes que la madurez de los órganos genitales, *stricto sensu*; por otra parte, el adolescente debe entonces efectuar un trabajo de apropiación o más bien, de reapropiación de la imagen del cuerpo tal como se había construido en la primera infancia alrededor de la época llamada del estadio del espejo, según los procesos bien descritos por Françoise Dolto. En efecto, lo que en la adolescencia garantiza esta imagen del cuerpo, ya no son la mirada y la voz de los padres, en particular de la madre, sino lo que verán y dirán los semejantes del adolescente y, sobre todo, las eventuales parejas del otro sexo.

Pero hay que subrayar que ese cuerpo se parecerá en adelante al del adulto del mismo sexo, que adquirirá esos atributos que hace poco diferenciaban a los padres y, momento esencial, que él será tan grande, quizás más grande, de estatura. Con frecuencia se olvida cómo el mundo del niño está regido y orientado por el hecho de que él debe levantar sin cesar la cabeza para mirar la cara de los adultos, desde el momento en que comenzó a tenerse en pie. El mundo socializado, con excepción quizás de la escuela, está concebido a la medida del adulto y el niño debe mirar hacia arriba permanentemente. Todo lo que implica la mirada hacia lo alto, hacia el cielo, hacia Dios, a quien se imagina más grande o más alto, es sin duda un resto nostálgico de esta posición infantil; al menos, con respecto a Dios, si él existe, podemos permanecer niños. Pero ocurre que, sin alcanzar esta sublimación de lo infantil a la que un adolescente debe renunciar, la constatación de «convertirse en más grande que los padres» tenga un efecto catastrófico para algunos. He hecho la exposición de un caso semejante en otro lugar.³⁸

En un primer tiempo, la pubertad puede ser vivida por el adolescente como una falta, incluso como una enfermedad, cuyos signos serían, para la

38. *L'adolescent et le psychanalyste*, op. cit.

niña, el sangrado de las reglas, y para el niño, las erecciones espontáneas y las poluciones nocturnas. Pero, por el hecho de esta semejanza, también será vivida, con frecuencia en un segundo tiempo, como una competición con los padres: en efecto, cuando el adolescente se apropia de los atributos del adulto, por una parte sus atributos ya no aseguran a los padres un suplimento del ser, un poder de más, y a partir de allí él se opondrá a toda autoridad que ya no se apoye sobre esta diferencia corporal: por otra parte, esta apropiación está próxima a una competición con el padre del mismo sexo, o puede ser concebida de ese modo. Se ven numerosas relaciones entre padres y adolescentes tropezar con ese conflicto, consciente o inconsciente, y agitado por cada uno de los cóyuges: ¿quién es ahora el más fuerte? ¿Quién es ahora la más bella? Lo que se pone en juego es el envejecimiento y la muerte de los padres.

El adolescente se da cuenta de que poseer el conjunto de los atributos de la edad no es, como podía creerlo el niño, la propiedad de ciertos humanos, sino un estado provisional, como lo era la infancia. Entonces, desde el punto de vista de las generaciones, el mundo está dividido no ya entre dos especies, los «mayores» y los «pequeños», como lo está entre dos yólos dos sexos, sino entre un cierto número de estados provisionales, como lo indica la adivinanza de la Esfinge a Edipo: al menos tres: el niño, el adulto y el viejo. Si el niño crece, es también que los padres envejecen, y si élitoma posición de adulto, los desaloja un poco para empujarlos hacia la vejez. Y esto algunos lo soportan mal.

Paralelamente, en tanto que los padres le parecían al niño sólidos e inmortales, aptos, en los mejores casos, para soportar y responder sin sucumbir, y bajo un modo estructurante, a los deseos edípicos más agresivos, los padres del adolescente se revelan no sólo fallibles sino también mortales: podrán morir de muerte natural bajo el efecto de la vejez, sin que sea necesario matarlos, así como la represión de los deseos de muerte de su hijo no los protege de su destino de mortales. La dinámica imaginaria de la integración del edipo se ve así trastornada.

Ese carácter decepcionante de los padres que, en definitiva, no están hechos de otra materia que los hijos y ya no pueden ser los referentes últimos, ideales, infalibles, tendrá dos consecuencias: primeramente, modificará de forma radical la relación del adolescente con sus padres, el avance y el estilo de sus demandas, de sus quejas, de sus reivindicaciones, en segundo

término, volverá a plantear la cuestión de un Otro como referente último que esta vez sea infalible y pueda garantizar con eficacia y de forma duradera al adolescente su identidad, lo que implicará tanto la eventual nueva religiosidad en la búsqueda de un Dios que ocupe este lugar desierto, como la espera o la búsqueda de un amor, de un gran amor distinto al parental, es decir, ordenado por el acceso del adolescente a la genitalidad.

Pero es importante constatar ya que si el adolescente expresa con frecuencia esta decepción frente a sus padres en la oposición, el conflicto, la insolencia, es primero para él mismo una prueba que puede provocar, lo exprese o no, angustia y depresión.

Antes de examinar cómo el adolescente se dirigirá a partir de entonces a sus padres, evaguemos otra consecuencia de la pubertad: no sólo el adolescente se convierte en un adulto, sino —y eso no es para nada la misma cosa, puesto que afecta a lo simbólico y no sólo a lo imaginario— que se convertirá potencialmente en un padre o una madre. No sólo los padres son cuestionados como adultos, sino que lo son también como representantes privilegiados de la paternidad y la maternidad. Ser padre o madre ya no es una cualidad; vemos a veces a los padres mismos llamarse entre ellos «papá, mamá», olvidar su masculinidad y su feminidad detrás de su paternidad; ser padre o madre es una función provisoriamente asegurada, socialmente sostenida.

El término de «cadena de las generaciones» corresponde por completo a lo que constata el adolescente, en su descubrimiento en múltiples facetas de la dimensión del infinito: los padres no son los primeros, él mismo y sus hermanos y hermanas no son los últimos, la familia celular ordenada por la triada edípica estalla ante cada nueva incidencia. Por un lado, la cadena se remonta a los abuelos, luego a los ancestros, y sabemos en qué medida los adolescentes, además de la invención de una eventual novela familiar, sentirán el gusto, incluso la pasión, por la genealogía y la historia, y cómo podrán apelar a los abuelos, quienes la mayor parte del tiempo encuentran en ello cierto interés, si no para oponerse a los padres, al menos para remitirlos a su propia infancia. Por otra parte, el adolescente descubre que esta cadena puede prolongarse después de él, y se descubre una nueva responsabilidad, a veces lo bastante intempestiva como para que, paradójicamente, ciertos compromisos precoces en la maternidad o la paternidad, tales como que se trate de dar un hijo a su padre o a su madre, sean tentativas de esquivar este nuevo lugar.

Sobre todo, ello modifica el valor de la concepción de lo que los psicoanalistas designan como la escena primitiva, es decir, la imagen fantaseada del acto sexual de los padres que engendrará al hijo, ese momento instaurable y puramente fantaseado para el niño, incluso, en ese sentido, para cualquier adulto con respecto a sus propios padres, y que sería el momento de su origen.

Más allá de los errores que habrían podido inducir tanto un exhibicionismo real o verbal de los padres como, a la inversa, una prohibición absoluta que recaiga sobre la idea misma de una sexualidad entre ellos, el adolescente, replanteando la cuestión de su origen, interroga la sexualidad de los padres, directa o indirectamente; y vemos a algunos padres sucumbir a la idea de que ellos podrían, a partir de entonces, hablar «libremente» con sus hijos de su vida sexual, feliz o desgraciada, cuando, precisamente, lo que interroga el adolescente, es este acto sexual imaginario y único de su propia fecundación.

Todo ello no deja de producir, en los padres, efectos paralelos a los que agitan al adolescente y a su joven vida sexual: es así con respecto al hiato entre el acto sexual como cumplimiento de un deber de reproducción, como búsqueda de un goce antaño remitido a más tarde y prometido al niño, como repetición, necesariamente fallida, de este acto único de castración. Si bien al niño puede dársele una educación sexual, cuando ésta es dada en la adolescencia por los propios padres, se convierte con la mayor frecuencia en fuente de malentendidos. Tanto más cuanto que, en todo diálogo, en general, la adolescencia es la edad de los malentendidos entre padres e hijos, un malentendido que se trata más de descubrir que de crear resolver.

Abordemos el estilo de interpelación de los adolescentes con respecto a los padres. Los padres formulan con frecuencia dos quejas concernientes a sus hijos adolescentes: son insolentes y responden. Tomemos esas formulaciones en serio.

¿Qué es ser insolente? Es afirmar su soledad, incluso reivindicarla extrayéndose del juego social, de lo que llamamos el bienestar, el hecho de comportarse bien en sociedad. Ya intenté demostrar que, en una sociedad que no reconoce más que menores y mayores, niño y adulto, sin estantío intermedio, estar en la adolescencia, en ese pasaje fuera de estatuto, era en sí una insolencia. Y cada uno sabe bien que en la insolencia del adolescente hay un males-

tar que se proyecta al exterior, un «mal en su piel» como suele decirse. Y la adolescencia es efectivamente el momento en el que esos sentimientos negativos con respecto a sí mismo no son, como en la infancia y como más tarde, reprimidos, expulsados al fondo de sí —al margen de que reaparezcan en toda una serie de formaciones de compromiso (sueño, lapsus, síntoma, etc.)— sino que, como en la psicosis y principalmente la paranoia, son proyectados al exterior (si me siento mal, es por tu culpa), momento en el que se minetiza una relación perseguidor/perseguido que, cuanto menos, animará la vida familiar. Creo que en cierto modo se debe sacar partido de esta insolencia, puesto que es uno de los motores mismos del proceso de la adolescencia.

Pero la segunda fórmula es aún más rica, la del adolescente que responde. Un día conté la historia de un adolescente que me había traído porque había respondido a su padre, quien le reprochaba su deserción de la vida de familia. Él le había respondido: «¡Y tu hermana!». Muy pronto se demostró que la hermana del padre tenía, justamente, un lugar esencial en la economía familiar. ¿Qué es un hijo que responde? Es aquel que, en lugar de obedecer, es decir, de permanecer en el lugar que le es asignado por el discurso de los padres, pronuncia una palabra, una palabra de más, aun cuando ésta sea anodina. ¿En qué sentido es eso insupportable, con frecuencia más allá de la intención del mismo adolescente, sorprendido por el impacto de su réplica? Por dos razones complementarias: por una parte, porque se pone de manifiesto que hay otros discursos posibles al discurso parental, el cual pierde entonces su valor; por otra parte, porque en verdad el discurso de los padres se revela frágil, puesto que basta una palabra, una palabra de más, para denunciarlo. Cuando creen —o más bien simulan y adhiere a esa simulación— detentar un saber, estar en posición de referente último, los padres saben simultáneamente —incluso si ellos aún se lo occultan, como ha sido necesario que se lo oculten durante la infancia de su adolescente— que ellos mismos responden a lo que se espera de ellos, ya sea por parte de sus propios padres, de la sociedad, de su deber o su buena voluntad, que ellos mismos están sujetos a un discurso del que no son los verdaderos amos.

En ese diálogo difícil entre los adolescentes y sus padres, los unos y los otros descubren el mundo que los rodea, sus propias dependencias, y cada uno, a su manera, se siente desbordado. Razon por la cual apelar a un tercero. Pero ese tercero no podría más que ayudar a cada uno a descubrir sus determinaciones; el no evitará un conflicto necesario y fundador.

Más allá de esta insolencia, el adolescente, al dirigirse a los padres, se pone a la vez en posición de demanda, de contradecir y de imitar. Y si alterna entre esas tres posiciones, es con frecuencia para hacer que se completen. Al mismo tiempo, inventará sin cesar nuevas demandas, buscará y atravesará las ocasiones de contradecir a sus padres, y, sin darse cuenta siempre, los imitará.

Demandar. Conocemos esas solicitudes repetidas del adolescente para recibir de sus padres tal objeto o tal autorización, pero sabemos también que responder directamente a la demanda no resuelve nada. El objeto obtenido no será el bueno o dejará el lugar a otro objeto; será lo mismo para la autorización (de salir por la noche, por ejemplo). Eso no quiere decir que sea necesario rechazar todas esas demandas, pero hay que medir que lo que se demanda es siempre menos alguna cosa que simplemente un signo de escucha, un signo de amor, un signo de reconocimiento. Lo que para el adolescente cuenta es que su demanda, y detrás de ella su derecho de demandar, sean reconocidos como legítimos. Y si él se precipita entonces en la demanda, es en alguna medida para responder a lo que se le dijo cuando era niño y que la pubertad ha debido hacer advenir: la promesa de que, cuando sea mayor, tendría el goce, en el doble sentido de un placer prohibido al niño y de goce de los bienes. Esta demanda va en el sentido del trabajo de apropiación de sí mismo y del mundo que constituye el proceso de adolescencia.

Contradecir. Más allá de lo que allí remite a eso que dije anteriormente de la insolencia, encontramos otra puesta en juego del gusto de los adolescentes por la contradicción. Jean Piaget ya había subrayado que la adolescencia era la edad de los sistemas, de las teorías, porque precisamente en ese momento, el niño accede a un modo de pensar, un tipo de inteligencia que se desprende aún un poco más de los objetos concretos, para alcanzar un rigor abstracto y combinatorio. Con más frecuencia que a la oposición, el «sentido de la contradicción» corresponde en el adolescente a su exigencia ilusoria de un discurso sin contradicción. Así, él subrayará frecuentemente, incluso con inteligencia, las contradicciones internas del discurso de los padres, entre lo que ellos dicen y lo que hacen, lo que han promovido y lo que son, etc. Es necesario concebir ese placer de contradecir en paralelo con el idealismo de los adolescentes, su anarquismo en el doble sentido de una rebelión contra toda autoridad y de una pasión por la utopía.

Imitar. Finalmente. Es lo que parece menos evidente tanto para los adolescentes como para sus padres, pero es una de las primeras constataciones que puede hacer el clínico: imitar rige las relaciones filiales. Hay una estrecha semejanza entre los adolescentes y no lo que son los padres, aquello en lo que se han convertido, sino aquello que han sido en su adolescencia, lo que han soñado ser o, al contrario, han reprimido de sus propios deseos. El caso puede ser extremo y a veces encontramos, detrás de la conducta suicida de un adolescente, las huellas de una depresión antigua de la madre, de una depresión que puede entonces despertarse; o bien, detrás de ciertas adhesiones toxicomaniacas, una antigua relación problemática de los padres con la medicina o a los medicamentos; o aún, en la delincuencia del hijo, una relación ambigua del padre con la ley. Pero eso es con frecuencia más complejo. No impide que descubramos siempre numerosos elementos determinantes, si no de acontecimientos clave, que demanden a los padres que consulten por su hijo adolescente, evocar su propia adolescencia.

QUE VIVEN LOS PADRES DE ADOLESCENTES

Es lo que me permite proseguir. Primero, evocando lo que denominaré la patología de los padres de adolescente, una patología normal que sólo puede ser designada así porque los padres con frecuencia sufren, son alcanzados en su propia persona, puesto que la adolescencia de sus hijos es una verdadera prueba para ellos. Luego continuaré, y esa será mi conclusión, no dando consejos—no veo ni cuáles, ni desde qué lugar podría yo darlos—sino proponiendo a los padres algunas vías de reflexión.

En efecto, si la adolescencia es para el hijo un momento esencial de elección de vida, aunque sólo fuere de elección profesional, ello trastorna la organización familiar e implica que también los padres deban efectuar nuevas elecciones.

La dificultad, cuando recibimos adolescentes y su familia, es la impresión de que cada uno de los miembros funciona bajo un modo depresivo o bajo un modo maniaco, o aún, en una alternancia maniaco-depresiva; de un modo menor, por supuesto, es decir, sin que se pueda hacer verdaderamente un diagnóstico de estado maniaco-depresivo, salvo en algunos casos, raros pero indicativos de un riesgo, en los que la adolescencia de

una hija es el desencadenante de un proceso ciclotímico de la madre, o dicho de otro modo, cuando es la confrontación con la posibilidad de que el hijo se convierta en padre la que desvela la organización paranoica del padre. Pero lo más frecuente es felizmente menos catastrófico, y esta alternancia, incluso ese juego maniaco-depresivo, tiene más bien por efecto dar un estilo tal a las relaciones familiares y a la relación con los terceros, que un verdadero diálogo se hace difícil. Dejaré de lado aquí lo que explica el comportamiento depresivo y las respuestas maníacas de la crisis de adolescencia, y evocaré más bien el porqué de tales reacciones en los padres.

Debido a que la adolescencia de sus hijos exige de su parte un cambio de lugar, los padres pierden las referencias, o ciertas referencias, de su propio yo, como las que han funcionado para ellos desde el fin de su propia adolescencia. Ese lugar protegido, el hogar familiar, constituido poco a poco, al precio de compromisos y de represiones secundarias, se ve amenazado en su unidad y sus principios de funcionamiento, de un modo un poco diferente para el padre y para la madre.

Del lado de la madre, podemos retomar esta buena pregunta que plantea hace poco Genie Lemoine: «Cuando una mujer habla de su interior, ¿qué es lo que evoca, su casa o su cuerpo?». Sin duda, la «madre suficientemente buena» de Winnicott, aquella que permite al hijo conquistar su individualidad bajo una cierta protección, es la que de un cierto modo, un poco hídrico, ha logrado confundir provisoriamente esos dos sentidos de lo interior. El niño convertido en adolescente, en vía pues de salir del domicilio familiar, trastornará esta identificación materna, quizás incluso hasta su imagen del cuerpo.

Del lado del padre, y cualquiera sea su estilo, tradicional o modernista, riguroso o «liberal», el lugar familiar es aquél en el que él ha logrado más o menos valer tanto como su propio padre, o incluso, como ese padre mitológico cuyo origenario representaría serían los padres, ha logrado estar, parecer estar, en posición de fundador, lo que traduce la expresión «fundar una familia». Pero es el momento en el que el adolescente puede replicarle, responderle que en realidad él no era sino un eslabón en la cadena de las generaciones, eslabón provisional, y que su lugar de primero, de uno, de Padre, no era más que funcional. Con respecto a ello, es primero el estatuto social del padre y no la imagen del cuerpo el que se ve afectado por la adolescen-

cia, y tanto más cuanto que el discurso del Amo que ordena la socialización del hijo contradice el discurso del padre.

Y este doble cuestionamiento es más importante en la medida en que es contemporáneo de otras realidades, de otras experiencias de la vida: para la mujer, la menopausia, que pone en cuestión su estigmo de mujer y de madre; para el hombre, quizás, cuando su posición profesional se vuelve frágil. Es eso lo que de un modo más o menos menor podrá provocar una depresión, es decir, el sentimiento de volverse inútil, de ser rechazado como un desecho, de ser injuriado en la propia persona, tantas fórmulas de quejas por parte de los padres como las que viven y reciben de parte de sus hijos adolescentes. En efecto, el yo del padre está mal asegurado y recibe como una herida toda agresión, toda agresividad que incluso es normal y estructurante para el adolescente. Los padres tienen entonces necesidad de un trabajo psíquico de reconstrucción de ese yo, apoyándose a la vez en identificaciones que podríamos denominar pre-parentales y teniendo en cuenta una nueva realidad exterior.

Por múltiples razones que se combinan, los padres son remitidos a su propia adolescencia: por una parte, por supuesto, porque sus hijos les muestran de un modo más o menos deformado la imagen de su propia adolescencia, como un momento ciertamente difícil pero también como momento pasado de juventud, de invención y de elección, más difíciles de rehacer en la edad de la madurez; los padres pueden entonces reencontrar esos sueños, esas ambiciones, esos deseos que antaño reprimieron y que escuchan procedentes de otro. Por otra parte, interrogados acerca de las funciones paterna y materna, confrontados a la desintegración de la familia celular que vuelve a poner al orden del día a la familia ampliada, no pueden dejar de verse confrontados nuevamente, quizás en vivo, o en forma retrospectiva, a la cuestión de la relación con sus propios padres, aunque no sea más que para constatar que la tarea de sus padres fue ardua cuando ellos mismos eran adolescentes, y reevaluar sus juicios hacia ellos, al menos los que datan de esta época y que han persistido. Finalmente, dado que el adolescente constituye el paradigma, el modelo de todos los cuestionamientos ulteriores del yo: si la adolescencia es el primer momento lógico posterior al estadio del espejo, de vuelta atrás y recapitulación, de reiniciación de una fundación de sí mismo y de la relación con los otros, las crisis de la madurez seguirán e imitarán fácilmente la misma vía.

Es lo que permite comprender una vertiente distinta a la de la depresión. En efecto, en forma discreta o ampliada, la respuesta de los padres a esta implicación de su imagen podrá tomar un estilo maniaco, soñando con recontrar una libertad infantil perdida desde hace mucho tiempo. El discurso corriente designa muy justamente a la menopausia como un «*retour d'âge*», yo que acecha a cada uno cuando debe encontrar nuevos puntos de orientación. Veremos así, en la complicidad o la competición, a tal madre renunciar en todo o en parte a su posición materna y, olvidando quizás el lazo conyugal, imitar la invención de la feminidad que intenta su hija, a reserva de proponerse, para gran desconcierto de ésta, como su confidente y su compañera. Veremos así a ciertos padres, en menor grado, volver al deporte, al ejercicio de su fuerza viril, o, en mayor grado, dejarse atrapar por el famoso «demonio del mediodía», en la búsqueda de aquella que proyectará en él la imagen de un hombre todavía joven, todavía «verde», como se dice.

Y esas manifestaciones depresivas y maníacas serán tanto más fuertes cuanto peor asegurado esté el lazo conyugal; no se trata de que haya conflicto entre los padres, dado que los conflictos pueden animar ese lazo, ser la fuente de su relanzamiento, sino de que uno y otro habrán renunciado a su masculinidad y a su feminidad en beneficio de la posición provisoria de padres. Cada uno puede constatar cómo el remodelamiento de la pareja impuesto por la adolescencia de los hijos es una prueba esencial del *conjugio*.

Ciertamente, por un lado es frecuente que esas manifestaciones guarden la suficiente discreción como para pasar desapercibidas hasta que pierden el sentido y la función con la partida de los hijos, y por otro, ocurre que sean más catastróficas y que entre los adolescentes y sus padres se instaure, por ejemplo, un tipo de relación casi paranoica, en la que cada uno espía al otro como un perseguidor. Pero me ciño a lo que me parece más generalizable.

Para llegar a algunas hipótesis sobre lo que podría orientar del modo menos patológico posible la relación padres-adolescente, podemos constatar ya que ese trabajo de cuestionamiento que constituyen las denominadas

crisis de la madurez, en especial cuando son contemporáneas de la adolescencia de los hijos, será tanto más difícil y perturbador cuanto discreta haya sido la propia crisis de adolescencia de los padres. Lo que significa que sin duda vale más que la crisis de adolescencia se manifieste en toda su amplitud en ese momento en que las nuevas elecciones no comprometen, en definitiva, más que al sujeto mismo, antes que quedar aplazada hasta más tarde, cuando, convertido él mismo en padre, soportará mal que su hijo le planteé cuestiones precozmente reprimidas.

De hecho, como terapeutas no recibimos sino adolescentes «con problemas», y sobre todo desde el punto de vista de los padres. Es cierto que en un determinado número de casos existen riesgos de que el joven emprendida una vía catastrófica, pero muy a menudo no se trata sino de manifestaciones normales de una crisis necesaria y estructurante, y debemos contentarnos con una explicitación de sus apuestas. Es un trabajo «diferencial» difícil e intento señalar los caminos. Por el contrario, no recibimos sino excepcionalmente adolescentes «sin problemas», al menos con respecto a los padres, y sin embargo son aquellos a los que les resultaría quizás más útil un trabajo que les permitiera hacer o al menos expresar una verdadera crisis de adolescencia.

La primera idea que sostendré es la de que es necesario tomar las cuestiones de la adolescencia en serio, ya sea que se manifiesten en los discursos o en los actos. En serio significa ni de forma abusivamente trágica ni con ligereza y de un modo irrisorio. Hay que evitar tomar con demasiada facilidad a lo trágico las experiencias de la adolescencia: tal o tal pasaje al acto que en el adulto señalaría un proceso patológico, en el adolescente con frecuencia no hace sino marcar la exigencia psíquica de experimentar su nueva existencia en el mundo, esta iniciación que no se produce sin transgre-va existencia en el mundo, esta iniciación que no se produce sin transgre-

dir tanto las coerciones externas de la ley como los límites de su cuerpo. El gusto por el riesgo que caracteriza a los adolescentes, sus intentos de tras-

pasar prohibiciones que inquietan a los padres, son un pasaje obligado y útil hacia elecciones de vida que deben efectuar.

Pero si a menudo conviene dar seguridad a los padres confrontados al coqueteo de su hijo —para utilizar un término bastante rico— con la delincuencia, la toxicomania, incluso la locura, no es para convertir en irrisorio lo que entonces se experimenta. Por una parte, por supuesto, están los casos en los que de ese modo se indica aquello que verdaderamente puede

• En francés la expresión coloquial «*retour d'âge*» designa bien el sentido de vuelta atrás de ciertas conductas propias de la menopausia. Nota de la traductora.

convertirse en un proceso patológico, pero por otra parte y sobre todo, es necesario aceptar como válidas las preguntas implícitas o explícitas a las cuales el adolescente responde por medio de su conducta. No creo sistemáticamente en la virtud de un «se pasará solo», aunque no sea más que porque en la mayoría de los casos en los que «se pasa solo», es por la vía de una represión secundaria, de modo tal que las preguntas reprimidas regresarán bajo una forma sintomática en la vida adulta, y porque, aceptándolas, se puede, si no evitar, al menos limitar este futuro neurótico.

He intentado demostrar cómo detrás de tal o cual manifestación patológica se podían reencuentrar verdaderas cuestiones esenciales, incluso cuando nosotros mismos hemos escogido eludir las o minimizarlas para convertirnos en adultos.

Ayudar al adolescente consiste menos en proponerle respuestas que en aceptar tomar en serio sus preguntas, permitiéndole formularlas en su discurso antes de que él se precipite en actos. Entonces nos damos cuenta rápidamente de que hemos compartido esas mismas preguntas éticas u ontológicas, y que ellas cuestionan nuestras antiguas elecciones.

La segunda idea es que la función de padre de adolescente implica a la vez un cambio radical de lugar y una modificación muy progresiva, es decir, a la vez un acontecimiento situable en el tiempo y una evolución lenta. En efecto, hay un momento en el que los padres deben expresar, verbalizar, un doble cambio de estatuto, cambio para ellos y para su hijo. Pero, por una parte, ese cambio no podría ser brutal, porque no se trata de «soltar» a los hijos, para utilizar el término de una joven, sino que es y debe ser concebido conscientemente como un trabajo; por otra parte, para que los padres puedan aceptar e integrar lo que en definitiva es una separación, es necesario que muy pronto, y sin duda desde el nacimiento, esta separación haya sido prevista y preparada.

Como hemos subrayado en múltiples ocasiones, la educación es un camino hacia la separación. Además, etimológicamente, educar es «conducir fuera de». Ser padre es no hacer de los hijos una parte de sí sino considerarlos lo más pronto posible no como adultos, sino como futuros adultos. La dificultad está en ese «futuro», porque el niño y en cierta medida el adolescente tienen también necesidad de ser protegidos, de ser «contenidos». Encontrar un equilibrio a cada nuevo paso entre ese «contener» y ese «separarse» es el difícil trabajo psíquico de los padres.

Finalmente, una última observación para concluir y sugerir al mismo tiempo un modo de gestión de la relación padres/adolescentes. Se trata de pasar de forma progresiva de un vínculo organizado por la ley a otro organizado en parte por el contrato. Es una cuestión en primer término política: en un aspecto, porque el contrato no sustituye a la Ley en su fórmula más simple y esencial: la del edipo—prohibición del incesto y del asesinato—, sino a esta parte legal, en el sentido jurídico, que define la relación padre/hijo. En la misma medida en que la Ley edípica, contrariamente a una idea rousseauniana, no es el efecto de un contrato sino que resulta de una coerción necesaria a la humanización, una parte de la relación padre/hijo debe introducir a la relación contractual del sujeto con la sociedad.

Así, cuando los padres me consultan porque están en conflicto con sus hijos adolescentes y la situación no me parece justificar la indicación de una psicoterapia o de un psicoanálisis, me ocurre que les proponga—respetando esta vez unos y otros compromisos—escribir juntos un contrato cuyos términos son revisados periódicamente y definen los derechos y deberes de cada uno en lo cotidiano, ya sea en lo referente al dinero de bolsillo, las salidas, las participaciones en la vida familiar, etc., dejando con la mayor frecuencia de lado lo que pertenece propiamente a cada cual: del lado del adolescente, su actividad escolar y sus relaciones con los otros adolescentes; del lado de los padres, quizás las condiciones posibles para que ellos establezcan su lazo conyugal fuera de su posición parental.

Al margen del interés práctico de ese contrato evolutivo, de esa forma le resulta a cada uno posible expresar sus demandas, sus deseos, sus quejas, y constatar que con frecuencia el conflicto padre/hijo es el lugar de proyección de problemas personales; así, el adolescente, el padre, la madre, pueden situar individualmente la expresión de su propio deseo detrás de sus quejas y sus reivindicaciones.

También en este sentido—además quizás de la respuesta de la cura analítica—el psicoanálisis tiene algo que decir acerca de la relación entre padres y adolescentes.